

Colección Homenajes

MARIO HERNÁNDEZ  
SÁNCHEZ-BARBA

I

El tiempo histórico  
de Mario Hernández  
Sánchez-Barba

Coordinadores:  
Francisco Javier Gómez Díez  
Almudena Hernández Ruigómez



Universidad  
Francisco de Vitoria  
**UFV** Madrid  
*Editorial*

La Universidad tiene la necesidad de homenajear a sus maestros y este libro intenta aproximarse a uno indiscutible: Mario Hernández Sánchez-Barba; a su condición de profesor, a los temas que han sido objeto de sus investigaciones, al teórico de la historia, al americanista, al estudioso de la milicia, al divulgador, al conferenciante, al hombre... universitario, padre de familia, cristiano profundo, patriota racional y sincero monárquico.

Don Mario ha escrito decenas de libros e incontables artículos; ha pronunciado conferencia tras conferencia; dirigido un centenar de tesis doctorales; impartido clase a miles de alumnos; editado obras; dirigido revistas; publicado en la prensa diaria... En definitiva, ha desarrollado todas las facetas propias del universitario.

Por todo ello estamos en deuda con él, pero este libro, que poco aporta a su ingente obra, no lo editamos ni para darla a conocer, ni para recuperarla, prolongarla o comentarla. Lo editamos por necesidad.

La Universidad en su sentido más genérico tiene la necesidad y la obligación de homenajear a sus maestros. No por los indiscutibles méritos de éstos. Como institución milenaria basada en la tradición no de una enseñanza, sino de un espíritu, de una actitud intelectual, debe hacerlo por el bien mismo de la institución: la supervivencia de este gremio de hombres libres se fundamenta en el reconocimiento de la jerarquía del saber, garante de la función de servicio social que la Universidad debe satisfacer.

# Mario Hernández Sánchez-Barba



Mario Hernández Sánchez-Barba (Santa Cruz de Tenerife, 1925) es catedrático de Historia Contemporánea de América de la Universidad Complutense de Madrid y profesor de la Universidad Francisco de Vitoria. Fundó y dirigió la revista *Quinto Centenario* y su continuadora *Mar Océana*, así como el Aula de Coloquios Hispanoamericanos, en el Ateneo de Madrid. Fue director del Colegio Mayor “Antonio de Nebrija” de la Universidad Complutense, vicesecretario General de la Universidad Internacional Menéndez

y Pelayo y profesor de la Escuela Diplomática de Madrid. Ha formado parte del Instituto de Estudios Políticos, del Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del Instituto Español de Estudios Estratégicos (C.E.S.E.D.E.N.) y de la Junta de Gobierno de la Fundación Institucional Española (F.I.E.S.).

Brillante conferenciante, sólido investigador, pero, por encima de todo, desde que, pocos años antes de doctorarse en Historia, con la tesis *Dinámica histórico-política de la provincia de Sonora en la segunda mitad del siglo xviii* (1952), comenzase a impartir clases en la Universidad Complutense, ha sido profesor —sin exagerar, de miles de alumnos—, maestro indiscutible, modelo de dedicación universitaria y, como con orgullo no dudaría el mismo en proclamarse, historiador.

I

El tiempo histórico  
de Mario Hernández Sánchez-Barba



Colección Homenajes

I

El tiempo histórico

de

Mario Hernández Sánchez-Barba

Homenaje

a

MARIO HERNÁNDEZ  
SÁNCHEZ-BARBA

Coordinadores:

Francisco Javier Gómez Díez

Almudena Hernández Ruigómez



Universidad  
Francisco de Vitoria  
**UFV** Madrid

*Editorial*

## **Colección**

Homenajes

### **Director**

Juan Jesús Álvarez Álvarez

### **Comité científico asesor**

José Carlos Abellán Salort

Susana Miró López

Ángel Sánchez-Palencia Martí

© 2019 Mario Hernández Sánchez-Barba de sus textos

© 2019 Francisco Javier Gómez Díez y Almudena Hernández Ruigómez de la edición

© 2019 Editorial UFV

Universidad Francisco de Vitoria

Ctra. Pozuelo-Majadahonda, km 1,800

28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

Tel.: (+34) 91 351 03 03

editorial@ufv.es

Primera edición: marzo de 2019

ISBN obra completa edición impresa: 978-84-17641-31-3

ISBN obra completa edición digital: 978-84-17641-30-6

ISBN vol. I edición impresa: 978-84-17641-26-9

ISBN vol. I edición digital: 978-84-17641-27-6

Depósito legal vol. I: M-4728-2019

Impresión: Pulmen, S. L. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.



Esta editorial es miembro de UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Este libro puede incluir enlaces a sitios web gestionados por terceros y ajenos a EDITORIAL UFV que se incluyen solo con finalidad informativa. Las referencias se proporcionan en el estado en que se encuentran en el momento de la consulta de los autores, sin garantías ni responsabilidad alguna, expresas o implícitas, sobre la información que se proporcione en ellas.

Impreso en España - *Printed in Spain*

*¿Qué consuelo nos queda en una sociedad humana como esta, plagada de errores y de penalidades, sino la lealtad no fingida, y el mutuo afecto de los buenos y auténticos amigos?*

San Agustín, *La ciudad de Dios*, XIX, 8





# Índice

INTRODUCCIÓN .....	13
--------------------	----

## A PROPÓSITO DE DON MARIO

Mario Hernández Sánchez-Barba .....	19
Capítulo 1. Aprender de la historia, enseñar con la vida .....	21
<i>José Manuel García Ramos y José Ángel Agejas Esteban</i>	
Capítulo 2. <i>Verba magistri</i> . Reflexiones a partir del magisterio de don Mario Hernández Sánchez-Barba sobre la perenne e insustituible potencia formativa de la lección magistral .....	33
<i>Salvador Antuñano Alea</i>	
Capítulo 3. Don Mario Hernández Sánchez-Barba: Historia, enseñanza y vida .....	47
<i>Carmen Romero Sánchez-Palencia</i>	
Capítulo 4. Semblanza breve de un gran hispanoamericanista .....	51
<i>Emilio de Diego García</i>	

Capítulo 5. Mario Hernández Sánchez-Barba y la Historia de los Descubrimientos Geográficos .....	57
<i>Mariano Cuesta Domingo</i>	
Capítulo 6. El profesor Hernández Sánchez-Barba y la milicia .....	67
<i>Álvaro de Arce y Temes</i>	
Capítulo 7. Conocimiento, sabiduría y humanidad .....	87
<i>Frigdiano Álvaro Durántez Prados</i>	
Capítulo 8. Entretiempos: radiografía de un héroe universitario .....	91
<i>Carlos Romero Díaz</i>	

## ESTUDIOS

Capítulo 9. Ideosemántica e Historia. Un nuevo enfoque epistemológico ...	109
<i>Helios Jaime</i>	
Capítulo 10. Historia y fe .....	125
<i>Emilio Martínez Albesa</i>	
Capítulo 11. El rey Fernando y el gobierno de España (1475-1516) .....	141
<i>Miguel Ángel Ladero Quesada</i>	
Capítulo 12. El propósito de Colón de asentar La Isabela en Puerto Plata y las implicaciones geopolíticas que pudo haber tenido.....	159
<i>Manuel A. García Arévalo</i>	
Capítulo 13. Francisco de Vitoria, maestro de una época .....	169
<i>Manuel María Salord Bertrán, LC</i>	
Capítulo 14. El inicio de la defensa del Imperio .....	195
<i>Enrique Martínez Ruíz</i>	
Capítulo 15. Documentos relativos a la Inquisición sevillana .....	215
<i>Juan Gil</i>	
Capítulo 16. De cómo la cleptocracia y la corrupción acabaron con el primer Hospital General de Madrid (1582-1603) .....	231
<i>Alfredo Alvar Ezquerro</i>	

Capítulo 17. Patrimonio y gestión económica de la orden de Santiago en tierras madrileñas: la Encomienda Mayor de Castilla a fines del siglo xvii.....	245
<i>Clemente López González</i>	
Capítulo 18. Sor María de Jesús de Ágreda en los memoriales de fray Alonso de Benavides.....	267
<i>Belén Navajas Josa</i>	
Capítulo 19. Córdoba del Tucumán y el Pacífico. Caminos que la enlazaron entre dos océanos.....	279
<i>Ana María Martínez de Sánchez</i>	
Capítulo 20. Iberoamérica en la diplomacia española (1902-1931).....	305
<i>Zorann Petrovici</i>	
Capítulo 21. Lendakaritza en Nueva York. Estrategias de una política nacionalista.....	321
<i>Almudena Hernández Ruigómez</i>	
Capítulo 22. El intento de Bloque Ibérico, un sinsentido económico .....	339
<i>Juan Velarde Fuertes</i>	
Capítulo 23. La teología de la liberación: un desafío ideológico al <i>statu quo</i> político en Iberomérica (1968-1990).....	355
<i>Manuel Hernández Ruigómez</i>	
Capítulo 24. Teología de la liberación: orígenes, lógica y efectos .....	381
<i>Francisco Javier Gómez Díez</i>	
Capítulo 25. El periodismo, profesión de alto riesgo en Colombia y México.....	401
<i>Gabriel Sánchez Rodríguez</i>	
Capítulo 26. Las causas remotas del endeudamiento familiar en España (1991-2007) .....	423
<i>Mario Hernández Ruigómez</i>	
Capítulo 27. Globalización, historia y dominación .....	455
<i>Óscar Aguilar Bulgarelli</i>	
Capítulo 28. Sobre el mundo, la ciencia y la libertad en el islam y entre nosotros .....	481
<i>José Andrés-Gallego</i>	

## MAESTROS

Prólogo de Manuel Ballesteros Gaibrois a Mario Hernández Sánchez-Barba, «La última expansión española en América», Madrid, IEP, 1957, pp. xxi-xxiv» .....	497
Recensión de Melchor Fernández Almagro a Mario Hernández Sánchez-Barba, «La última expansión española en América», Madrid, IEP, 1957 ( <i>Libros y revistas, Abc</i> ) .....	501

## APÉNDICE

Laudatio pronunciada por el Prof. Dr. don Francisco Javier Gómez Díez en el acto de imposición de la medalla de oro de la Universidad Francisco de Vitoria al Prof. Dr. don Mario Hernández Sánchez-Barba, el 25 de septiembre de 2015 .....	505
--	-----

# Introducción

Cuando terminaba el año 2017 Juan Jesús Álvarez y Consuelo Martínez Moraga, responsables, respectivamente, de esta colección y de la Editorial UFV, me plantearon lo que entonces vi como un desafío: coordinar la publicación de un libro-homenaje a don Mario Hernández Sánchez-Barba. No podía negarme. Mientras me hablaban, se agolpaban en mi cabeza un gran número de profesores que, sin dudarlo, habrían participado: Pedro Borges, José Manuel Pérez-Prendes, Francisco Guerra, Cándido Pérez-Gállego, Juan Manzano y Manzano, Claudio Esteva Fabregat..., profesores y no profesores: Francisco Sanabria, Juan Batista, Sabino Fernández-Campos... Al tiempo que los recordaba, sabía que todos ellos ya habían fallecido. No seré prudente: la edad de Mario Hernández Sánchez-Barba nos ofrecía una carrera rica y plural, pero cerraba algunas puertas.

Si alguien podía echarme una mano eran Raúl Martín Berrio y Almudena Hernández. Podrían y lo hicieron encantados. Surgieron ideas, aparecieron nombres, circularon teléfonos y, en pocos días, estábamos en marcha. Hombres más jóvenes, en su mayoría, pero no menos interesantes que los arriba mencionados, se sumaron con agrado al proyecto. La intención era publicar una obra colectiva en donde amigos, colegas y discípulos reconocieran su magisterio, con el fin de exponer, en la medida de lo posible, toda la pluralidad del trabajo de Mario Hernández.

Cuando el objetivo parecía garantizado, Mariano Cuesta —a cada uno hay que reconocerle sus méritos— tuvo una idea: publicar algunos de sus textos más re-

presentativos. ¿Habría alguna forma mejor de reconocer su magisterio que rele-yéndole? ¿Habría algo más útil que recuperar su obra?

Alguien sensato habría ignorado la sugerencia del doctor Cuesta Domingo —nadie más la había oído— y se habría concentrado en el proyecto inicial. ¿Qué parte de esa ingente obra podía recopilarse? Comienza en 1949, antes de licenciarse, con *Historia de la civilización universal*, una breve síntesis prologada por Manuel Ballesteros y, setenta años después, continúa ampliándose. Recordé una conversación con don José Manuel Pérez-Prendes, en 1993, cuando me hablaba de que Mario —él sí le llamaba así— debería recopilar sus obras completas. No hemos sido tan ambiciosos: una veintena de textos —a nuestro entender, su obra esencial— nos ha servido para presentar sus aportaciones teóricas; su concepción sobre la Historia y el «oficio» de historiador; sus principales intereses e, incluso, para reivindicar con sus palabras a la generación de 1955.

En definitiva, la buena disposición y la generosidad de muchos —comenzando por la editorial UFV— nos ha permitido publicar dos gruesos volúmenes: *El tiempo histórico de Mario Hernández Sánchez-Barba*, que recoge más de treinta heterogéneos textos a propósito de su trabajo, y *Generaciones y mentalidades. Estudios de teoría de la Historia*, esa obra esencial que ya hemos citado. Dos gruesos volúmenes, que, pese a sus dimensiones, solo permiten una aproximación a la obra intelectual y a la carrera profesional del profesor Hernández Sánchez-Barba.

Esto lo hemos llevado a cabo por una razón elemental: el agradecimiento.

«El agradecimiento es —escribe Mario Hernández Sánchez-Barba, en 2001, con motivo del vigésimo aniversario de *Quinto centenario/Mar Oceana*—, al mismo tiempo algo simple y, a la vez, hondo, en el conjunto de los sentimientos humanos. Y también extraordinariamente difícil de que se exprese. Si las cosas ocurren con normalidad, el hombre que siente agradecimiento se verá movido a expresarlo. El hombre agradecido experimenta la obligación de dar expresamente las gracias a quien ha hecho algo que puede considerarse bueno.»

No se puede expresar mejor y poco hay que añadir: cuando las cosas ocurren con normalidad, hay que dar las gracias a quien ha hecho algo bueno. En nuestro caso, a quien ha hecho bien su trabajo.

Los textos de este primer volumen —unos más largos, otros menos extensos; formales, académicos, amigables; unos profundamente originales, otros alejados de esta pretensión— no hablan de otra cosa. Durante más o menos años, la presencia de Mario Hernández se nos ha hecho cotidiana. Nos han acompañado sus

ideas y ha contribuido a un fructífero diálogo intelectual, del que todos hemos salido beneficiados.

Cada uno de nosotros le conoció en una circunstancia. Hemos sido discípulos, alumnos, compañeros, colegas..., pero lo que más veces he oído repetir a lo largo de los meses que me ha ocupado este trabajo ha sido: «Le considero mi amigo». Algo que no deja de resultar curioso porque era repetir lo evidente.

Hace muchos años, conversando con Mara, esta me recordaba, burlona, años aún más lejanos: aquellos en los que «le hacías la pelota a mi padre». No es cuestión de discutirlo; yo era estudiante de cuarto de carrera y él, catedrático y director del departamento de Historia de América de la Universidad Complutense. Es magnífico que hoy tantos estemos dispuestos a «hacerle la pelota» sin interés, sin excusas, por amistad y agradecimiento.

«El historiador que no sabe filosofía nunca pasará de ser un cronista y el filósofo que no sepa historia seguirá sumergido en el paganismo; paganismo piadoso, si acaso, pero paganismo.» Hace unos años defendí esta posición en una reunión de departamento. El tono y las frases son míos, pero —me atrevo a afirmar— sintetizan lo que don Mario me ha enseñado. Lo realmente importante: no todo lo que sabe ni cómo podemos saberlo; sino en qué consiste el oficio de historiador.

La Historia no es contar, la Historia no es reconstruir, ni recordar ni, por supuesto, juzgar. El pasado, por definición, es inmutable y no se sabe —qué absurda es la frase «tú, que eres historiador, sabrás»—; se estudia, se avanza en su conocimiento, siempre se profundiza. Sin embargo, tampoco se trata de técnicas, de depurar el estudio de las fuentes o de profundizar la solidez de las hipótesis. Se impone una reflexión sobre el ser de la historia y la condición de la Historia y, por eso, se impone la filosofía; la filosofía que, en repetidas ocasiones, ha definido Mario Hernández Sánchez-Barba como la totalidad del conocimiento; es decir, la idea de que todo está relacionado, vinculado mediante numerosos hilos al todo-realidad que es la persona.

Requiere todo eso porque, en mi opinión, su pensamiento se alimenta de dos convicciones profundas. En repetidas ocasiones ha reflexionado sobre la relación entre el pasado —del que ya no se puede alterar nada, pero que, al mismo tiempo, está de algún modo vigente en el hoy—, el presente, en su inaprensible fugacidad, y lo venidero, abierto a la posibilidad de intervención por estar aún en trance de devenir. Y esta reflexión lleva a una convicción: nuestra única posibilidad de conocimiento se asienta sobre el pasado, sobre la experiencia, sobre la historia.



Más profunda es la otra convicción, soporte de una tradición cultural milenaria: lo que sucede en la historia es decisivo; la historia no se repite, la historia no son «accidentes», es novedad, posibilidad, libertad; es decir, todo lo contrario a una jaula pagana en donde el hombre vive y, más bien, muere presa del destino.

Si, como escribe el profesor Mario Hernández Sánchez-Barba, «la persona misma, mediante su iniciativa, es responsable de las innovaciones que puedan ocurrir en la dialéctica histórica», todos nosotros estamos aquí porque nos ha concitado la excepcional dimensión de su «iniciativa».

A propósito de don Mario



# Mario Hernández Sánchez-Barba

Nace en Santa Cruz de Tenerife el 11 de agosto de 1925. Estudió bachillerato en el Instituto Nacional de Enseñanza Media Luis Vives, de Valencia, ciudad en la que realizó la carrera de Filosofía y Letras (sección de Historia), que simultaneó con la de Profesor Mercantil en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles; verificó ambas reválidas con la máxima calificación en 1948.

Realizó los estudios de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, en la que obtuvo por su tesis doctoral (*Dinámica histórico-política de la provincia de Sonora en la segunda mitad del siglo XVIII*) la calificación de «premio extraordinario». Al concluir viajó a Barcelona para ampliar sus estudios y especializarse con su maestro: el profesor y doctor don Jaime Vicens Vives. Establece también relaciones intelectuales, así como una actividad investigadora, con la École Practique des Hautes Études.

Desde 1949 lleva desempeñando tareas docentes en la Universidad de Madrid, en donde ha transcurrido toda su actividad educativa e investigadora hasta su jubilación, en 1990, cuando pasó a formar parte del cuadro docente de la Universidad Francisco de Vitoria, en donde permanece en la actualidad, y de la Universidad San Pablo-CEU.

Inició su docencia en la Universidad de Madrid, como ayudante de clases prácticas en 1949. Nombrado profesor encargado de cátedra (Historia de Inglaterra) cuando se fundó, en 1952, la sección de Filología Inglesa, continúa en

el desempeño de la docencia de dicha materia hasta su jubilación. También fue catedrático de Historia de Estados Unidos en la misma sección y facultad.

En 1954 ganó por oposición la Adjuntía de Historia de América en las Edades Moderna y Contemporánea y, en 1958, también por oposición, la de Historia de los Descubrimientos Geográficos, ambas en la Universidad Complutense de Madrid, sección de Historia de América.

En 1968, por oposición, adquirió la condición de profesor agregado numerario de Historia Contemporánea de América, en la Universidad Complutense de Madrid, y, en 1982, en virtud del concurso de acceso, el rango docente máximo de catedrático de la misma asignatura y universidad. Por elección del claustro de numerarios fue designado director del departamento de Historia de América, puesto que ocupó desde 1970 hasta su jubilación (en 1990). Es designado catedrático emérito de esta.

Entre sus actividades extrauniversitarias cabe destacar: fundador y director del Aula de Coloquios Hispanoamericanos, en el Ateneo de Madrid; director del colegio mayor Antonio de Nebrija, de la Universidad Complutense (1967-1974); vicesecretario general de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo; miembro del Instituto de Estudios Políticos; miembro del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; miembro del Instituto Español de Estudios Estratégicos (CESEDEN); miembro de la Junta de Gobierno de la Fundación Institucional Española (FIES); fundador y director de la revista *Quinto Centenario* y de su continuadora *Mar Oceana*; profesor de la Escuela Diplomática de Madrid; cronista oficial del Valle de Mena (Burgos); académico Correspondiente de la Nicaragüense de la Lengua, de la Venezolana de la Historia, de la Nacional de la Historia Argentina, de la Dominicana...

Ha dirigido más de un centenar de tesis doctorales.

# Aprender de la historia, enseñar con la vida

José Manuel García Ramos  
*Universidad Complutense de Madrid*

José Ángel Agejas Esteban  
*Universidad Francisco de Vitoria*

Reconocer los méritos de un compañero tras una vida dedicada en cuerpo y alma a la Universidad tiene mucho del cumplimiento de lo debido, pero más aún de lo gratuito que surge de la admiración. Porque una vida entregada de lleno a la universidad se compone de un conjunto de aspectos muy variado, en los que don Mario ha destacado por igual: seriedad y rigor en la investigación, dedicación y entrega en la docencia, amistad y generosidad con los compañeros. Si la Historia es maestra de la vida, de acuerdo con la conocida sentencia de Cicerón, don Mario ha hecho de su vida dedicada a la Historia también un magisterio. Poco más tendríamos que añadir a este reconocimiento. Nos atrevemos a glosar brevemente estas tres dimensiones de su quehacer diario durante décadas: la dedicación de una vida.

Conscientes de nuestra limitación, al no ser historiadores, nuestro comentario no será como el de quien trata su obra desde la óptica del experto, sino como el del aprendiz que no se cansa de atender y entresacar de su enseñanza esas lecciones inolvidables que destacan en el auténtico maestro: las lecciones de y para la vida.

## SERIEDAD Y RIGOR EN LA INVESTIGACIÓN

Y, como universitario, nos ha enseñado a investigar con seriedad y rigor. En un momento en el que parece que la investigación se reduce a publicar o fene-

cer, sin que, en muchas ocasiones, haya nada relevante que decir, don Mario supo siempre aportar una mirada propia sobre el objeto de su estudio, sobre la Historia. Mirada propia, síntesis de distintas aportaciones, que, en lo esencial, trató siempre de responder al quehacer del científico que no solo se acerca a un ámbito de la realidad para medirla, documentarla, datarla..., sino, sobre todo, para comprenderla. La fragmentación de las ciencias que ha pulverizado el saber humano en micropartículas inconexas necesita de maestros que ayuden a recomponer el saber.

Parecería que, en el caso de la Historia, el peligro de fragmentación tendría que ser menor que en otros saberes, pues, al menos, se supone que quien la estudia busca la coherencia de la narración de los hechos documentados. Sin embargo, no es del todo así: también la Historia ha corrido el peligro (en particular, durante la segunda mitad del siglo pasado) y ha sufrido el infortunio de caer devorada por las ideologías y por sus proyectos totalizadores. Recopilar datos y acontecimientos sin un hilo conductor que los dote de sentido es anticientífico; pero no lo es menos la alternativa buscada por otros de fabricar un hilo conductor en el laboratorio del ideólogo de turnos que los hilvane para forzar, de manera interesada, un significado impuesto desde fuera. Así que siempre hemos encontrado en el quehacer científico de don Mario un ejemplo de veracidad, que significa hacer de la verdad profesión de vida o, de la vida, profesión de verdad. Tres son los rasgos que, vistos desde el rigor del quehacer científico (aunque fuera del particular del historiador), nos gustaría destacar aquí.

#### SU VISIÓN DE LA HISTORIA: SU NATURALEZA COMO RELATO SIGNIFICATIVO

El primero de estos rasgos que encontramos en sus escritos sobre la ciencia histórica es su esfuerzo por identificar claramente la naturaleza de la Historia como ciencia. Si siempre se ha corrido el riesgo de reducir la Historia a un grupo de narraciones (de historias, así, con minúscula), de eventos o de recopilaciones de datos, con la fragmentación de los saberes a la que acabamos de aludir no han faltado algunos historiadores para los que esto podía llegar a plantearse incluso como el ideal científico.

En sus escritos sobre teoría de la Historia siempre ha buscado que quedara claro que la razón de ser de la Historia es dar cuenta del acontecer humano de forma significativa. Veremos en el tercer rasgo la cuestión del fundamento antropológico. Baste con señalar aquí que el tipo de conocimiento al que aspira el

historiador implica, precisamente, dicho fundamento. Y no un fundamento antropológico «general», por así decir, sino del ser humano concreto. De aquel que con su libertad decide, actúa, se relaciona, tiene conciencia de sí, de sus acciones y del tiempo que vive. ¿Qué ha de hacer el historiador? Tratar de comprender eso para contarlo. La vida misma, vaya. Así, en uno de sus ensayos, afirma:

la historia es acumulación de las experiencias de la humanidad, pero el conocimiento de tales experiencias pertenece, por entero, a la ciencia histórica, cuyos objetivos están dirigidos, precisamente, a conseguir un alto grado de comprensión respecto a los impulsos humanos, institucionales y sociales, promotores de la dinámica. Pero de un modo específico, que no consiste en facilitar ninguna fórmula de solución a nadie, ni tampoco en eximir a nadie de la responsabilidad de su libre decisión, su libre opinión o su libre opción (Hernández Sánchez-Barba, 1978, p. 9).

Se trata de comprender las acciones humanas como propias de sujetos que actúan libremente en un contexto y de dar razón de estas de un modo sintético e integrador. Lo cual sitúa de manera explícita a la Historia en un diálogo activo con el resto de saberes y de ciencias denominadas humanas o sociales. A nadie se le escapa la dificultad de poner en juego un modo de entender la Historia en el que se quiere dialogar y no solo tener en cuenta datos, sino modos de hacer de otras ciencias. No nos cabe duda de que el carácter unitario e integrador que don Mario atribuye a la Historia le corresponde, con toda razón, a cualquier ciencia que se ocupe de ámbitos del ser y del obrar humanos.

La misma complejidad del ser humano, ha hecho precisa la instrumentación de las llamadas «ciencias del hombre», cada una de las cuales se inclina e interesa por un sector específico del mismo. La Historia, al aprovechar e incorporar estos métodos, no renuncia a su esencial objetivo integrador y unitario, que consiste en el conocimiento de la experiencia humana en el tiempo; pero no ha tenido más remedio que conocer y asimilar los resultados de cada una de esas ciencias, con objeto de disponer de un amplio repertorio de posibilidades que le permitan un más riguroso conocimiento de esa temporalidad problemática que inscribe el hombre en cuanto permanencia y cambio, vigencia y mutatividad. (Hernández Sánchez-Barba, 1978, p. 9).

Todo el rigor con que se aplica cada ciencia por separado en conocer el quehacer humano desde la óptica particular de sus objetos material y formal se ha de aplicar



también en el necesario diálogo entre ciencias, o nos estaremos dejando fuera de la mirada del experto aspectos de lo real plenamente significativos para una mejor comprensión de la acción humana. No se trata, por tanto, solo de que los historiadores amplíen el horizonte de su método, sino de que todo investigador comprenda que su ciencia ha de ser un relato significativo, no una mera acta notarial. Los datos y el sentido no están reñidos. Ver cómo entran en diálogo es una de las tareas más apasionantes de las ciencias en este preciso momento de la universidad. Esta es la primera lección que nos gustaría destacar del rigor con el que don Mario ha trazado siempre el límite del objeto de la ciencia, la definición de su naturaleza.

#### FUNDAMENTOS CRÍTICOS: LA CUESTIÓN DEL CONOCIMIENTO NO IDEOLÓGICO

Aprender de ese modo de hacer ciencia ayuda a superar muchos de los límites del reduccionismo del uso de la ciencia como ideología. En este sentido, la ciencia puede ser reducida ideológicamente mediante la utilización de una ideología determinada como nexo para unir los hechos y los datos con el fin de imponerles un significado del que la realidad carece (algo a lo que ya hemos aludido un poco más arriba). O la ciencia también puede ser convertida en ideología, cuando utilizamos los resultados de un determinado conocimiento teórico como sustitutos de la realidad y no como aproximaciones a ella. Este peligro está muy presente en la mayoría de nuestros contemporáneos. Y eso porque tienen realmente miedo a la inteligencia y a la libertad. Esto es, miedo a lo que la verdad puede desvelarnos sobre la realidad del mundo y del hombre, y miedo a las decisiones que tomemos en consecuencia. La ideologización de la ciencia, como sucedáneo que es, puede provocar una impresión tranquilizadora. Sobre todo porque nos ahorra pensar por nosotros mismos y asumir las consecuencias de ese esfuerzo por comprender. Ideologizamos la ciencia cuando dejamos que sean sus medios y métodos los que piensen por nosotros. Ya nos ponía en guardia Guitton al advertir lo siguiente:

Este último peligro es el de nuestra época, siempre matemática y que después de Descartes siempre ha tenido la tendencia a confundir el proceso de la mente con el de la naturaleza. Muchos elementos preparan el pensamiento y, sin embargo, no lo son. No es pensamiento más que cuando los domina y piensa en él mismo, o mejor, entra en contacto y en amistad con el ser del cual extrae la estructura propia (Guitton, 2000, p. 130).

Si la Historia es maestra de la vida, se debe también, entre otras cosas, a que, cuando estudia las acciones humanas, estudia al ser humano en acción, y, por tanto, habla de lo que somos, no solo de lo que hicimos. Este sería un tercer modo de reducción ideológica de la Historia, después de los otros dos que ya hemos apuntado: el uso de esta desde cualquiera de los sistemas ideológicos del siglo pasado o desde el cientificismo. Don Mario ha denunciado con toda claridad y ha analizado con todo rigor esta tentación que tenemos cuantos vivimos en este momento de la Historia de reducir la consideración del tiempo a la actualidad, a lo último, cediendo a la contemporaneidad que deriva en un inmanentismo reductor. Pongamos un ejemplo: una viñeta aparecida en un diario español representaba a una persona mirando la pantalla del ordenador debajo del siguiente lema: «Absortos en la actualidad, olvidaban el presente». Seguramente el virus en la manera de mirar que ahí se destaca sea el que ha invadido el quehacer científico y, en particular, el que lo ha hecho en el modo de considerar las dimensiones temporales del existir humano.

La necesidad, cada vez más urgente, ya no solo de prevenir, sino incluso la posibilidad de influir sobre el futuro y asumirlo, constituye la más decisiva caracterización de lo contemporáneo. El hombre actual cree actuar, primordialmente, en razón de auténtico saber y esta suposición tiene su base en el ensoberbecimiento que le ha dado la ciencia y la técnica; sin embargo, la evidencia de la convicción científica no se basa en el saber, sino en las sensaciones que acompañan a este que, a su vez, se encuentra en estrecha relación con la espera del porvenir; [...] Es que la confianza en el saber se encuentra permanentemente desbordada por el incesante desarrollo de la ciencia que relativiza constantemente el saber (Hernández Sánchez-Barba, 1973, p. 38).

Para el historiador es clave que la mirada sobre el pasado arroje luz sobre las otras dimensiones de la temporalidad (presente y futuro) en las que el sujeto se desarrolla, vive, actúa. Y, precisamente, si esa mirada es científica, no generará voluntad de poder, de control, de dominio, sino todo lo contrario: luz para que la libertad actúe. Que la investigación arroje luz debería ser el objetivo primordial de todo universitario y, por tanto, del modo de hacer ciencia. Algo que don Mario ha hecho y que hemos aprendido de su enseñanza, sin duda.

#### LA HISTORIA, CAMPO DE JUEGO DE LA ACCIÓN DEL HOMBRE

Llegamos así a la última cuestión que nos gustaría señalar como más relevante en el modo de plantear con seriedad y rigor la investigación: la atención al fundamento

antropológico de la ciencia y, en particular, claro está, de la ciencia histórica. Ya señalábamos más arriba que, en su definición de la naturaleza de la Historia, está implícito entender que se ocupa del quehacer humano, de las experiencias significativas de los hombres, no de la humanidad, por cuanto no existe la humanidad en abstracto, sino seres concretos que viven, actúan, deciden.

Todo universitario, como todo historiador, «tiene que ser humanista, pues la historia parte del hombre, debe su dinamismo al hombre y su conocimiento y explicación corresponde al hombre» (Hernández Sánchez-Barba, 2019, p. 39). ¿Hay alguna ciencia o saber que no esté hecho por el hombre? ¿Acaso hay alguna ciencia que no responda a un modo particular de acercarse al hombre para entender la realidad, al menos un aspecto de la misma y bajo un prisma determinado? ¿Cuáles son los intereses que han generado ese prisma? ¿Cuáles, los ideales? ¿Qué ambiciones? Aunque está claro en qué sentido afirma aquí que el historiador tiene que ser humanista, no podemos olvidar que en toda ciencia está la pregunta del hombre que la hace y por el hombre al que sirve e interesa. Hay un humanismo presente en toda investigación. Hacerlo explícito es la primera responsabilidad del buen científico.

Nos quedan por señalar dos aspectos de la antropología que subyacente a la Historia, tal y como él la entiende, aportan nueva luz sobre las ciencias que, en el siglo XXI, se acercan al ser humano: entender al hombre como un ser futurizo —neologismo que el filósofo Julián Marías consiguió que se introdujera en el diccionario de la RAE y que consideramos, además de atinado, muy gráfico— y como un centro dinámico de relaciones. Son dos rasgos de una antropología plenamente actual que destacan en esa antropología que subyace en el hacer Historia de don Mario y como enseñanza para todo investigador. Comentemos cada uno de ellos por separado.

Tanto el pensamiento personalista como, de algún modo, el existencialista del siglo XX han destacado esa dimensión anticipadora del ser humano. Las personas vivimos en el presente como capaces de anticipar, de proyectar, de mirarnos como existentes en un tiempo que aún no existe, pero en el que podemos considerarnos como realmente viviendo. Es esa capacidad de anticipación la raíz de la creatividad humana, de hacer posible que algo suceda, de movilizarnos para ponernos en juego imaginando lo por venir. Así, señala:

En realidad, el hombre está siempre en una constante actitud de anticipación de lo venidero mediante el establecimiento de metas para sus planes, en sus temores y aperturas de esperanzas, y también, desde luego, y primordialmente, en virtud de

su voluntad y actividad creadora. Esta actitud práctica del hombre, este ejercicio permanente de su posibilidad para el que se apoya en la experiencia, reviste una importancia suprema de seriedad y sería un tremendo contrasentido si lo que se acerca temporalmente no fuese algo real, en su pleno valor de tal (Hernández Sánchez-Barba, 1973, p. 37).

Desde luego que la Historia entendida desde esa antropología ofrece un conocimiento que va más allá de la mera constatación de datos y hechos, que integra saberes (como ya hemos dicho) y que, además, ofrece claves para ampliar la racionalidad hacia modos de comprensión de lo humano, de explicarlo con sentido, de proyectarlo hacia su desarrollo, y por tanto, de integrar su dimensión de plenitud en lo que está por alcanzar a la luz de lo realizado. Dinámica de apertura en la que debemos considerar también otra característica clave para una antropología integral: comprender que la persona es un sujeto, sí, pero también un ser relacional.

Antes que los hechos y los datos está el *hombre*, pero el hombre entendido como un centro dinámico de *relaciones*: se siente impulsado a crear, transformar, establecer, interpretar consigo mismo, con los otros hombres y con el mundo; se relaciona con el espacio, con la temporalidad, con la experiencia, en procesos de decisión, acción y pasión. Ello promueve una complejidad e intensidad al *eje relacional* y nos sitúa en presencia de categorías, niveles, núcleos de relación, actitudes individuales y comunitarias de la más diversa índole (Hernández Sánchez-Barba, 1991, p. 35).

La mentalidad científicista en la que estamos inmersos y que, como decíamos antes, nos acosa por todos lados, puede hacernos más difícil todavía la comprensión de la persona desde su dimensión de relacionalidad y no solo desde su carácter individual. Sin embargo, no debemos olvidar que lo relacional es lo propio del ser personal. Ningún sistema químico, físico o biológico puede organizarse desde la propia relación entre los individuos que lo forman. Su finalidad será siempre añadida desde fuera de la suma coordinada de los elementos. En cambio, es la relacionalidad humana la que da pie a la socialidad.

Solo la naturaleza humana puede ser «personalizada». Esto es, asumida de forma consciente y libre para tender a su propia realización. Así, la unidad en plenitud entre los distintos miembros de la especie humana no se da, simplemente, por el mero hecho de que todos compartamos la misma condición na-

tural, sino en la medida en la que cada uno encarna lo humano en relación con los otros. De este modo, a cada sujeto se le hace patente cómo su libertad ha de integrar todas las dimensiones de su ser. Integración que será plena solo en la medida en la que se haga en apertura a los demás: porque es en esa relación en donde descubrimos tanto lo que somos como lo que estamos llamados a ser. Todo verdadero fundamento antropológico para una ciencia ha de saber integrar esta dimensión en su voluntad de dar razón del objeto de su estudio.

## DEDICACIÓN Y ENTREGA EN LA DOCENCIA

Para este breve y sentido reconocimiento nos hemos detenido con algo más de detalle en señalar aquellas aportaciones que, a nuestro juicio, han hecho del magisterio de don Mario un punto de referencia ineludible, no solo para historiadores, sino también para profanos que, sin embargo, deseen desarrollar sus respectivas ciencias desde una visión realmente sapiencial de la investigación. Nos quedan por señalar dos elementos más de su magisterio: docencia y comunidad.

Hay dos textos de dos grandes maestros que sintetizan bien esa dedicación y entrega de quien no se limita a investigar para aumentar la ciencia, sino para comprender la realidad y ayudar a otros a que la comprendan. La comunicación del saber, no la mera difusión, lleva a los discípulos al deleite con lo aprendido, a gustar la Historia, y, con ella, a gustar la manera de ser hombre y de servir a la sociedad descubierta por medio de ese estudio y de esa comprensión de lo humano. Dice Steiner:

*La libido sciendi*, el deseo de conocimiento, el ansia de comprender, está grabada en los mejores hombres y mujeres. También lo está la vocación de enseñar. No hay oficio más privilegiado. Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos: esta es una triple aventura que no se parece a ninguna otra. [...] Es una satisfacción incomparable ser el servidor, el correo de lo esencial, sabiendo perfectamente que muy pocos pueden ser creadores o descubridores de primera categoría. Hasta en un nivel humilde —el del maestro de escuela—, enseñar, enseñar bien, es ser cómplice de una posibilidad trascendente (Steiner, 2004, p. 173).

Esa complicidad de una posibilidad trascendente es una de las mejores definiciones que pueden darse del quehacer docente. Quien no ha cejado en el empeño

por comunicar y enseñar, como don Mario, es porque vive su labor con plena conciencia y pasión. Han sido miles los universitarios que han pasado por sus aulas, que se han educado con su enseñanza. Muchos también los que le reconocen como maestro en su quehacer de investigación y comunicación de la Historia. Y, aunque menos, como es lógico, pero no somos pocos, los que podemos considerarnos también, de alguna manera, discípulos suyos, por haber aprendido su amor por la docencia, por hacer al alumno partícipe del *gaudium de veritate*:

Si uno quisiera penetrar de nuevo en uno mismo, uno notaría que las alegrías que gustan a nuestra edad madura en el campo de las letras o de las artes tienen que ver con aquello que, anteriormente, un maestro nos dejó ver levantando el velo de la costumbre, comunicándonos una admiración que él sentía, siempre nueva, en su corazón. No es tanto por lo que nos enseñó que nos instruyó, ya que, en verdad, lo hubiéramos podido encontrar en un libro. No, es que nos hizo penetrar en su emoción (Guitton, 2000, p. 23).

## AMISTAD Y GENEROSIDAD CON LOS COMPAÑEROS

En muchos de sus escritos alude don Mario a la definición de universidad contenida en las *Partidas* de nuestro rey Sabio, como «ayuntamiento de maestros et de escolares». La investigación y la docencia son universitarias cuando con ellas se potencia la dimensión comunitaria de la universidad. Comunidad que implica la búsqueda de un bien compartido que no se alcanza nunca del todo, pero que no se deja de ambicionar. Los peligros de ideologización de la ciencia que apuntamos al inicio son casi los mismos que acechan al investigador para no crear comunidad. Porque en los tres subyace el cierre de la razón sobre sí misma, que no se abre a un horizonte de explicación compartido en el que los demás tienen también algo que aportar. La comunidad ofrece un buen antídoto contra las tentaciones de las ideologías, que no son más que expresión de soberbia intelectual. Descubrir la verdad implica ponerse al servicio de ella, no adueñarse de ella. El auténtico universitario se encuentra con la verdad, no la encierra en su mente y, menos aún, en una teoría al modo de un conjunto de enunciados autosuficientes, de un sistema que define la verdad en clave de consistencia, en vez de servir para el encuentro significativo con la realidad.

Don Mario siempre se ha esforzado por hacer comunidad, por crear vínculos, por suscitar espacios en los que distintas disciplinas pudieran dialogar sobre